

en tu suelo querido, sin duda alguna esos huesos hubieran germinado, dando luz a soldados en tu recinto conmovido.

* *

Acaso, Columna, algún día, descendiendo a tu base el peregrino pensativo y contemplando con éxtasis esos despojos mortales, arrodillado ante ti, querría pesar el polvo que un Napoleón puede ocupar en el hueco de la mano

* *

Hubieran podido conservarse esos maravillosos despojos y contemplar en ellos el brazo fuerte, el atrevido pecho, el pie que durante doce años acicateó al mundo, el hueco de aquellos ojos que fascinaron a las multitudes, la frente prodigiosa y el cráneo fundido en el molde del globo imperial.

* *

Entonces nos parecería oír que desde lo alto de la Columna salía el confuso ruido de armas de las batallas y rugir las bocas de los cañones, el relinchar de los caballos, el barullo de las ciudades almenadas, de los clarines, de los tambores, el temible estrépito de este grito: ¡Napoleón!

* *

Retóricos tímidos que acabáis de envolveros en la toga, no qui-

sisteis consolar a esa viuda, digna de ser venerada por todos los partidos, y al repartiros el imperio de Alejandro, tenéis miedo de una sombra, tenéis miedo de un puñado de cenizas. ¡Oh, sois muy pequeños!

VI

Permanece en tu sepulcro, permanece en el espumoso peñasco, en el que con la rapidez de una bomba caíste caliente aún y humeante. Permanece en la áspera isla de Santa Elena, en la que sorprendido el hombre, contempla en toda su magnitud los azares de la fortuna; permanece en la obscuridad que te envuelve bajo el sauce sagrado, cuyas hojas se desparraman por todo el universo.

* *

Al menos allí duermes sin que nadie te ultraje. Con frecuencia allí te despiertan los llantos de cariño y de rabia de un soldado rojo, que se arrodilla ante ti. Desde allí puedes ver, si te levantas de tu sarcófago, desde lo alto de las playas, por la extensión azul de las aguas, correr hacia tu roca solitaria todas las velas de los barcos, como si corriesen a buscar el verdadero centro de la tierra.

VII

Duerme, que quizás llegará el día en que iremos a buscarte, pues para nosotros eres como una divinidad y nunca fuiste el señor; porque nos afecta tu destino fatal, y, ya sigamos la bandera tricolor, ya nos guíe la oriflama, no estamos pendientes de esa cuerda infame que te arranca de tu pedestal.

* *

Celebraremos por ti magníficos funerales; quizás también nosotros libreremos nuestras batallas; defenderemos y haremos que sea respetado tu sepulcro; reuniremos ante él a la Europa, al Africa y al Asia, y llevaremos allí a la poesía joven cantando a la libertad.

* *

Te encontrarás bien entre nosotros, tendido bajo tu Columna, en el seno del poderoso París que fermenta y que hierve bajo un cielo que tantas tempestades han ensombrecido, debajo del empedrado sobre el que ruedan los cañones, sobre el que las legiones pasan, sobre el que el pueblo ruge a semejanza de la mar.

* *

Si el pueblo sólo reserva para los tiranos los rayos y el abismo,

también reserva para tu tumba centenaria (única majestad de que es cortesano) profundo gemido, infinito y cariñoso, que hará que tu sombra no eche aquí de menos el incesante murmullo del Océano.

9 de octubre de 1830.

III

HIMNO

Aquellos que murieron heroicamente por la patria tienen derecho a que la multitud acuda a rezar ante sus tumbas. Entre los nombres célebres su nombre será el más ilustre; comparadas con la suya, todas las glorias serán efímeras y se disiparán. Como una cariñosa madre, la voz de un pueblo entero los mecerá en la sepultura.

* *

¡Gloria a nuestra eterna Francia! ¡Gloria a los que murieron por ella; a los mártires, a los valientes, a los fuertes, a los que les imitan, a los que desean ocupar un sitio en el templo de la inmortalidad y mueren como los héroes.

* *

Para los que así sucumben, para conservar su memoria, el alto

Pantheon eleva hasta las nubes, por encima de las mil torres que embellecen la ciudad de París, reina de nuestras modernas Tyros y de nuestras Babilonias, esa corona de columnas, que los rayos del sol doran eternamente.

* * *

¡Gloria a nuestra eterna Francia! ¡Gloria a los que murieron por ella; a los mártires, a los valientes, a los fuertes, a los que les imitan, a los que desean ocupar un sitio en el templo de la inmortalidad y mueren como los héroes!

* * *

Para semejantes muertos, en vano la noche sombría del olvido, a la que va a parar y desvanecerse todo lo que desaparece, pasa por su sepulcro, ante el que nos prosternamos; porque todos los días aparece para ellos la gloria, esa aurora cuya luz serena hace brillar su memoria y dora su recuerdo.

* * *

¡Gloria a nuestra eterna Francia! ¡Gloria a los que murieron por ella; a los mártires, a los valientes, a los fuertes, a los que les imitan, a los que desean ocupar un sitio en el templo de la inmortalidad y mueren como los héroes!

Julio de 1831.

IV

BODAS Y FESTINES

La sala es grande, espléndida; la mesa es inmensa. Siempre por algún extremo empieza el mágico festín, en el que se amontonan el oro, el cristal y la plata cincelada. En esa larga mesa tienen sitio todos los sexos y todas las edades. El veterano que ha tomado parte durante cuarenta años en los trabajos de la guerra, grave y serio; el joven rubio a quien apenas apunta el bozo, la joven de miradas tiernas, el niño que balbucea, el anciano que tartamudea, todos comen, todos tienen apetito, y el apetito les regocija, y los que más se encarnizan en la comida son aquellos que ya no tienen dientes y los que no los tienen aún.

* * *

Cascos, cimbras, florones, banderas triunfales, leones coronados, buitres, búfalos, estrellas de plata en obscuro campo de sinople, abejas de oro sobre campo de gules de púrpura y azucenas en fondo de azur, cadenas, todas las formas extrañas de la heráldica, como leopardos alados, águilas y grifos, se arremolinan alrededor de los convidados, se encaraman

a los techos, se retuercen en los arabescos de las alfombras, surgen su atrevido pieo en la copa esculpida y suspenden en los artesones cortinajes deslumbradores, que cuelgan desde las vigas del techo hasta las cabezas de los comensales y cuyas franjas soberbias las rozan, como pasan los pájaros rozando la hierba con las alas. Como en el banquete todo resuena y todo brilla, parece que se lo disputen la luz y el ruido.

* * *

Por todas las ventanas sale el rumor de la fiesta. Los convidados ciñen sus frentes con coronas y ocupan un trono donde se sienta el orgullo, llevando un cetro en la mano y una cadena al pie; algunos quizá quisieran escabullirse de allí, y el esclavo mejor atado es el dueño de la casa.

* * *

El poder embriagador que convierte al hombre en Dios; el amor, miel y veneno a un tiempo mismo; el amor, filtro de fuego, que se compone de los confundidos hálitos del hombre y de la mujer, de los estremecimientos de la carne y de las ilusiones del alma; el placer, hijo de la noche, cuyos ojos ardientes de esperanza languidecen por la mañana y se encienden por la noche; las jaurías, los picadores, la caza, los que pasan el día corriendo por el campo

en pos del sonido de la bocina; los lechos de cedro y de plata sobredorada, contruidos, más bien que para el sueño, para la voluptuosidad; los lujosísimos palacios, que al pobre envidioso hacen crujir los dientes; los parques majestuosos de los que entre la hojarasca se distinguen las paredes, en los que de noche se oyen músicas que salen del seno de los estanques; el pudor de las beldades, fácilmente vencido; la justicia vendida por la cantidad de oro convenida; el terror de los pequeños, el respeto de los transeuntes; la guerra, que es elemento que sazona la felicidad de los poderosos; el cañón lleno hasta la boca de metralla, que asoma el largo cuello fuera de las murallas; el regimiento en marcha, pólipa de mil pies; la gran capital, produciendo su multiplicado murmullo; todo lo que lanza al cielo, sea ciudad, sea ejército, olas de polvo y olas de humo; el presupuesto, enorme monstruo, admirable pez al que todos le echan el anzuelo por todas partes y que, flotando en olas de oro, arrastra el vientre cubierto de escamas que son las monedas: tales son los manjares divinos que en platos dorados sirven a los convidados cien criados a un mismo tiempo y que en los hornillos del laboratorio sombrío y subterráneo que arde en la obscuridad prepara noche y día para el real festín ese alquimista que se llama Destino.

* *

El sombrío anfitrión no quiere que haya platos vacíos, y los sirven con tal profusión, que hartan a los más voraces; que para elegir mejor entre los sabrosos bocados tienen por consejeros a su conciencia, o lo que así se llama; compañera perspicaz, guía segura del hombre, al que por imprudencia, las nodrizas de los reyes, desde que éstos empiezan a jugar, les sacan los ojos.

* *

En esa larga mesa se sientan los grandes y los felices del mundo, para gozar del inagotable bienestar de su vida, para embriagarse en el espléndido festín, en el que a través de esplendores brillantes ven desfilar por su imaginación flotantes imágenes; y las risas, las conversaciones, las lámparas y los vinos provocan en el alma ardiente torbellino, mientras que la vista deslumbrada vaga alegremente desde todo lo que fluye hasta todo lo que llamea.

* *

Pero de repente, mientras que los cantos y las risas hacen olvidar a los convidados el mundo exterior; en los momentos en que la mesa, la sala, los criados, los comensales y las lámparas brillan con más esplendidez y la orquesta escondida difunde más

alegres y más voluptuosos sonidos; en los momentos culminantes de la embriaguez y del delirio, en los que se hace burla con desprecio del pueblo, que, cubierto de andrajos, está sentado a la puerta, suenan en la escalera precipitadamente los pasos de alguien que sube, los pasos de uno a quien nadie esperaba y que, sin embargo, la prudencia pedía que se contase con él

* *

No cerréis la puerta. Os precisa abrirla y dejar que entre al que se presente. Y unas veces es la muerte y otras el destierro que llega jadeante; la una con el sepulcro, el otro con una tienda; la muerte con pies de plomo, el destierro con pasos ligeros, espectro que viste un traje extranjero.

* *

El espectro es espantoso; entra en la sala y proyecta sobre todas las frentes su sombra colosal; los convidados se encorvan como los árboles al solpo de los vientos; el espectro escoge a uno de ellos, con frecuencia al que está más ebrio, le separa de la mesa, con asombro de todos, y se lo lleva cuando aun tiene los labios mojados de vino.

20 de agosto de 1832.

* *

En cuanto el niño respiró, sobre la cúpula de los Inválidos ondearon estremecidas las banderas, como se estremecen las espigas al soplo de los vientos; y el primer grito del niño, que la nodriza apacigua, hace saltar y aullar de contento a los cañones monstruosos agazapados en el edificio.

* *

El, orgulloso de este acontecimiento, abrió al fin los dos brazos, que hasta entonces tenía siempre cruzados sobre el pecho, y el niño, sostenido por las manos paternas, inundado por los resplandores de sus pupilas imperiales, lanzaba miradas brillantes.

* *

Quando presentó al heredero de sus tronos a las antiguas naciones y a las antiguas coronas, satisfecho como el águila que ha subido a descansar a una alta cumbre, exclamó con júbilo:— «El porvenir me pertenece: el porvenir es mío.»

II

No, el porvenir no pertenece a nadie; el porvenir sólo pertenece a Dios. Cada vez que suena una hora en el reloj, todo lo viviente se despide de nosotros. El porvenir es un misterio. Todas las cosas

V

NAPOLEÓN II

I

¡Mil ochocientos oncel! ¡Felices aquellos tiempos en que los pueblos innumerables prosternados esperaban ante una negra nube saber la voluntad del cielo, cuando veían conmoverse las monarquías seculares y contemplaban el Louvre, que tronaba y relampagueaba como un nuevo monte Sinaí

* *

Inclinados, como el caballo que oye el rumor de los pasos de su dueño, se decían unos a otros:— «Grande será el ser que nazca; mañana espera tener un heredero el glorioso imperio. ¿Qué será lo que conceda el Señor al hombre que, superior a César, absorbe en su suerte la suerte del género humano?»

* *

Mientras hablaban así, la enorme y brillante nube se entreabrió, apareciendo en ella el hombre predestinado; estáticos los pueblos enmudecieron a impulsos del respeto y él, levantando los brazos, presentó al mundo un niño recién nacido.

que nos deslumbran en el mundo, gloria, fortuna militar, corona real, brillantes victorias, ambiciones realizadas, sólo se posan un momento sobre nosotros como los pájaros en las extremidades de las ramas.

* *

No; por poderoso que sea el hombre, ya ría, ya lllore, nunca consigue hacerte hablar, ni que abras antes de tiempo la mano helada, fantasma mudo, sombra nuestra, espectro enmascarado, que sigues nuestros pasos y al que llamamos Mañana.

* *

¡Mañana! ¿Quién sabe lo que traerá mañana?... El hombre siempre hoy la causa y Dios hace que madure mañana el efecto. Mañana es el rayo que rasga el velo, es la nube que apaga la luz de la estrella, es el ariete que bate las torres, es el astro que cambia de zona, es el trono con el terciopelo desgarrado, que deja ver su armazón de madera.

* *

Mañana es el caballo que cae al suelo cubierto de espuma; mañana es, ¡oh conquistador! Moscov, que arde de noche como una antorcha; es tu guardia veterana, que cubre de cadáveres la llanura; mañana es Waterlío, mañana es Santa Elena, mañana es la tumba.

* *

¡Pudiste entrar en las ciudades al galope de tu corcel, cortar las guerras civiles con el filo de tu acero; pudiste cegar el paso del altivo Támesis, tener fascinada a la victoria, enamorada de tus clarines; romper las puertas cerradas, sobrepujar a todos los capitanes, conceder como insignia a tus ejércitos la estrella de tus espuelas; pero Dios se reservó la duración de todo esto y te dejó un pequeño espacio de tiempo; pudiste ocupar todo el sitio de la tierra; pudiste tomar, impulsado por tu ambición, la Europa a Carlo-Magno y el Asia a Mahoma, pero no podrás nunca conquistar el Mañana que está en poder del Eterno!

III

¡Terrible lección la que sufriste! Cuando tu hijo recibió como un chupador la corona de Roma, revestido con un nombre resonante; cuando fué presentada la temblorosa frente real ante el pueblo, maravillado de ver que un rey era al mismo tiempo tan grande y tan pequeño;

* *

Quando su padre para él había ganado tantas batallas; cuando hubo acumulado las filas de sus ejércitos, murallones vivientes, al-

rededor de la cuna del risueño según la fuerza de sus dientes, se recién nacido; cuando ese gran apoderó de la presa; Inglaterra obrero había casi casi ya reedificado el mundo, como su imaginación soñaba;

* *

* *

Quando las manos paternas no tenían todo preparado para dotar al tierno niño de esplendores eternos; cuando podía suponer que tenía segura una existencia magnífica para él; cuando para alojar un día al monarca hereditario, se habían abierto ya bajo tierra los cimientos de mármol para sus palacios;

* *

Quando para calmar su sed habían colocado delante de Francia un enorme cáliz, lleno del vino de la esperanza, antes que pudiera gustar una sola gota de ese veneno dorado, antes que sus labios rozasen los bordes de la copa, sobrevino un cosaco que, arrebatando al niño y colocándolo a su grupa, azorado huyó con él.

IV

El águila, una tarde, se cernía en las bóvedas azules, y una fuerte ráfaga de viento le rompió las dos alas; al caer produjo en los aires luminoso surco, y entonces todos se abalanzaron a su nido con siniestra alegría; cada uno,

Ya sabéis el destino que le dieron al gigante histórico. Durante seis años en su destierro le encerraron, pasando los cerrojos los prudentes reyes, poniendo su gran figura en estrecho calabozo

* *

El destierro no hubiera sido tan doloroso para él si no hubiera amado algún ser en el mundo; pero los corazones de león son los verdaderos corazones de padre, y él amaba entrañablemente a su hijo; sólo conservaba en la cárcel dos cosas: el retrato de un niño y el mapa de un mundo, su corazón y su genio.

* *

Por la noche, cuando sus miradas se perdían en el techo de su dormitorio, lo que agitaba su imaginación era aquello que le atraía de su pasado—mientras sus carceleros, centinelas colocados allí para espiar de día y de noche el vuelo de sus pensamientos, veían aparecer sombras pasajeras sobre su frente.

* *

No le preocupaba la brillante epopeya que poco tiempo antes

había escrito con la punta de la espada; no eran Arcole, Austerlitz ni Montmirail; ni el recuerdo de las altísimas pirámides, ni el pachá del Cairo y sus caballos nómadas, que mordían el pretal del suyo.

* *

No era el ruido de las bombas y de la metralla, que a sus pies durante veinte años produjeron las batallas, desencadenadas en negros torbellinos, cuando con sus manos plantaba en ese mar proceloso sus banderas en medio de la refriega, como si fuesen los mástiles levantados por la correcta alineación de sus batallones.

* *

No pensaba en Madrid, e Kremlin ni el Pharo, ni en la diana resonando al romper el día, ni en sus vivacs dormitando a la luz de las estrellas, ni en sus cabezudos dragones, ni en sus granaderos épicos, ni en sus rojos lanceros que hormiguearon entre las picas, como las amapolas entre la espesura de los trigos.

* *

No le preocupaba nada de eso, sino únicamente el recuerdo de un hermoso y sonrosado niño, que dormía con la boca semiabierta, mientras que, cariñosamente, su cuidadosa nodriza, enseñándole una gota de leche suspendida en

el pezón del pecho, se excitaba a que se sonriese.

* *

El padre entonces apoyaba los codos en los brazos del sillón y desahogaba el pecho henchido de sollozos, y lloraba de cariño.— ¡Bendito seas, pobre niño, hoy desaparecido de la tierra, único ser que podías distraer su pensamiento de la infortunada pérdida del trono del mundo!

v

Hoy los dos han muerto.— Señor, tenéis el terrible derecho de disponer de los mortales. Empezasteis por arrebatar al héroe invencible; después hicisteis lo mismo con el niño; diez años os bastaron para preparar el sudario del padre y el del hijo. Gloria, juventud y orgullo son los bienes que la tumba nos arrebató. El hombre bien quisiera dejar alguna cosa junto a la puerta de su sepulcro, ¡pero la Muerte le niega este consuelo! Cada elemento vuelve adonde todo debe descender: el aire se apodera del humo, la tierra de las cenizas y el olvido del nombre del hombre.

vi

¡Oh, revoluciones! ¡Soy el último de los marineros e ignoro lo que Dios elabora en la obscuridad,

debajo del tumulto de vuestras olas. La multitud se burla y os odia; pero, ¿quién sabe de qué manera Dios trabaja? ¿Quién sabe si el oleaje que se estremece, si el grito de los amargos abismos, si la tromba, si los truenos y los rayos son necesarios para que los mares produzcan la perla?

* *

Entretanto es temible esa tempestad para los pueblos y para las naciones, porque es un mar ciego y sordo el pueblo en revolución. Poeta, ¿de qué sirve tu cantar? Los cánticos que tu genio esboza caen en las olas inquietas, que no los oyen; la bruma enronquece tu voz, el viento lleva lejos tu pluma, ¡pobre pájaro que cantas en la punta del mástil de un buque perdido!

* *

Larga es la noche y la tormenta eterna; el cielo no presenta ni un pequeño espacio azul; hombres y cosas, en revuelta mezclanza ruedan hacia el abismo; todo abate el rumbo y se hunde en las olas, reyes en la cuna y señores del mundo; el grande y el infante Napoleón. Todo se borra, todo se desata; una ola sucede a otra, y la que pasa, olvida lo mismo al Leviatán que al Alción.

Agosto de 1832.

VI

APROPÓSITO DEL BAILE DE HOTEL DE VILLE

El Hotel de Ville ilumina de día a bajo su fachada; el príncipe y mil luces brillan allí, y la fiesta de esta noche va a resplandecer como alumbra la inspiración en la frente del poeta sagrado. Pero esa fiesta no ha sido, amigos míos, un pensamiento oportuno; nada justifica que Francia ofrezca este banquete; verdaderamente no es un baile lo que se necesita para aliviar los dolores de la ciudad.

* *

Hubiera sido más oportuno cerrar algunas llagas abiertas de las que asustan a los hombres pensadores, apuntalar la escalera que desde abajo llega hasta arriba, aumentar los talleres, disminuir los patibulos; hubiera sido preferible socorrer a los niños pobres que carecen de pan; hubiera sido preferible devolver el paraíso al desdichado impío en vez de encender arañas y a que pasen la noche despiertos algunos locos entregados al vértigo del baile.

* *

Reinas de nuestros hogares, mujeres puras y generosas, flores